

CAPÍTULO 8.

LAS MUJERES EN LA INVESTIGACIÓN SOBRE MASCULINIDAD⁵¹

Mara Viveros Vigoya

1) ¿CÓMO SURGE MI INTERÉS POR LOS ESTUDIOS DE MASCULINIDAD?

Comencé a trabajar sobre varones, después de una relativamente larga experiencia de investigación sobre las mujeres desde distintas perspectivas temáticas, fundamentalmente en el campo de la salud, el trabajo y la identidad de género. Como otras investigadoras en este campo, empecé trabajando sobre la mujer (en singular), cuestionando posteriormente la existencia de una categoría sociológica “mujer” única y general y, por consiguiente, la atribución de situaciones, actitudes o puntos de vista universales a esta “mujer”. Y aunque participé del desplazamiento de los estudios de la mujer a los estudios de las relaciones de género (Cf. Henrietta Moaré 1991), los hombres como actores sociales dotados de (y productores de) unas especificidades de género permanecieron ocultos en mis investigaciones por un tiempo más. Mi trabajo sobre “las parejas de doble carrera”, uniones conyugales en las cuales marido y mujer ejercen una actividad profesional que exige una alta calificación y un nivel de responsabilidad comparables, me brindó la primera oportunidad de hacer visibles las especificidades —de género— de las trayectorias laborales masculinas y de las formas en las que los hombres asumen y articulan la vida profesional y doméstica (cf. Viveros 1992 y 1997c).

51 Tomado de: Viveros Vigoya, Mara. (2002). “Las Mujeres En La Investigación Sobre Masculinidad. [Parte 1 y 2.]”. En: De quebradores y cumplidores: Sobre hombres, masculinidades y relaciones de género en Colombia. Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia. Pp 36-44. Agradecimiento especial a Francisco Ospina Cortes por la preparación de este material.

Los balances teóricos y empíricos de De Barbieri (1992) y Gomáriz (1992) señalaban que a comienzos de los 90 existían, en el trabajo acumulado en el campo de los estudios latinoamericanos de género, grandes vacíos relacionados con la investigación y reflexión desde la perspectiva masculina. En este contexto de relativa carencia de trabajos sobre los hombres como actores genéricos surge mi propio interés por el tema. Creo, como plantea Renato Rosaldo, en su libro *Cultura y verdad*, que “todas las interpretaciones son realizadas por sujetos que están preparados para saber ciertas cosas y no otras”. Por ello, se necesita, a veces, una experiencia personal para poder acceder a ciertos significados, para propiciar el desarrollo de ciertos intereses.

En mi caso fue la maternidad, en 1993, la experiencia que paradójicamente reactualizó mis diversos interrogantes sobre lo que constituye lo femenino y por ende lo masculino. Digo “paradójicamente”, porque supuestamente la maternidad es la vivencia que cristaliza la identidad femenina y, como tal, aporta más respuestas que preguntas sobre esta identidad. Para mí, por el contrario, la maternidad ha sido una de las experiencias que me ha enseñado con mayor densidad emocional los límites de las generalizaciones sobre las mujeres y el desatino de atribuir ciertos comportamientos y actitudes a la “naturaleza femenina”, ¡Cuántas veces me sentí privada de memoria ancestral para realizar un sinnúmero de gestos cotidianos! Como muchas mujeres de hoy tuve que librar una batalla personal para encontrar y afirmar la expresión de mi propio sentido de la maternidad. Y explorando los significados de la feminidad y de mi feminidad surgió mi curiosidad personal y académica por el tema de la masculinidad.

En la elección de un tema de investigación intervienen, por supuesto, otros elementos que provienen ya no de dimensiones subjetivas sino del entorno social, político y académico en el que dicho trabajo se presenta. Los cambios económicos, sociales y culturales que se han producido en Colombia en las últimas décadas —en particular, la integración creciente de las mujeres a la estructura productiva del país y su permanencia en el mercado de trabajo, el aumento de los niveles educativos de la población, especialmente el de la población femenina, las reformas legislativas, la fuerte disminución del promedio de hijos por mujer y el desarrollo de un movimiento social de mujeres en sus diferentes corrientes— han generado la necesidad de entender sus múltiples efectos en las distintas dimensiones de la vida privada: la conyugalidad, la parentalidad, la sexualidad y la sociabilidad. Bajo la doble presión de las

transformaciones sociales y de las nuevas teorías en las ciencias sociales se multiplicaron los cuestionamientos sobre los modelos unívocos de la femineidad y la masculinidad. Lo que significa ser una mujer o ser un hombre ha perdido hoy todo carácter de evidencia.

Por otra parte, en dos conferencias internacionales recientes, la de Población y Desarrollo, realizada en El Cairo en 1994, y la Conferencia Mundial sobre la Mujer, realizada en Beijing, se planteó no solamente la necesidad de formular políticas, programas y actividades que permitieran transformar los roles y responsabilidades asignados a mujeres y varones en los diferentes espacios, sino también la obligación de promover y alentar la participación y la responsabilidad del hombre en todas las esferas de la vida familiar y doméstica. Estos planteamientos han tenido implicaciones sobre las orientaciones de las entidades financiadoras que han considerado relevante estimular los estudios de género que involucren la perspectiva masculina. En particular, en el campo de la salud reproductiva se ha señalado la importancia de desarrollar las investigaciones sobre el papel de los varones en las decisiones de fecundidad de la pareja, como el número de hijos, la selección de métodos anticonceptivos, su actitud frente a la sexualidad y sus consecuencias. También se ha planteado que los indicadores de salud de las mujeres no podrán ser modificados sin cambios en los patrones de comportamiento de la población masculina joven y adulta, en relación, por ejemplo, con las enfermedades de transmisión sexual, especialmente, la infección por VIH/sida (cf. Arilha et al. 1998).

En relación con los elementos culturales, la mayor participación de las mujeres en el ámbito público (del trabajo y de las organizaciones sindicales y políticas) trajo consigo reflexiones sobre la necesidad de incrementar la participación de los hombres en el ámbito privado (de la vida sexual y reproductiva, de las tareas domésticas y de la crianza y educación de los hijos) para propiciar y garantizar el logro de una equidad de género. Valores como cuidado, respeto y responsabilidad, han sido incorporados en forma creciente en los documentos internacionales y considerados fundamentales para el establecimiento de relaciones más igualitarias (García 1998). La confluencia de estos elementos sociopolíticos y culturales explica la creciente presencia de lo masculino en las investigaciones, publicaciones, políticas y acciones de las Organizaciones no Gubernamentales, en los programas académicos universitarios de los estudios de género y en los talleres de crecimiento personal en muchos de los países latinoamericanos y del Caribe.

2. ¿POR QUÉ TRABAJA UNA MUJER SOBRE LOS VARONES?

La pregunta en torno al por qué trabaja una mujer sobre los varones y la masculinidad lleva implícita la pregunta sobre la legitimidad o la pertinencia teórica de un trabajo de las mujeres sobre los varones o la masculinidad. Estos interrogantes pueden relacionarse con una vieja controversia de la antropología⁵²: decidir si tiene sentido el estudio comparativo de las sociedades humanas; en este caso, si es preciso hacer parte de un grupo para comprenderlo, el planteamiento que se hacía en los inicios de la “antropología de la mujer” de que las mujeres estaban mejor cualificadas que los varones para estudiar a las mujeres, dejó abierta la duda sobre la competencia de las mujeres para estudiar a los varones. ¿Acaso sólo la pertenencia a un grupo justifica o autoriza la posibilidad de su estudio? Después de todo, como lo plantea Judith Shapiro (1981:125), “Si realmente hubiera que pertenecer a un grupo para llegar a conocerlo, la antropología no sería más que una gran aberración”. Algunas corrientes del feminismo y los estudios de género han aportado elementos para superar ese tipo de planteamientos, proponiendo no el estudio de la mujer sino el de la relación entre mujeres y varones, señalando la relevancia de estas relaciones en la estructuración de las sociedades humanas.

Por otra parte, al igual que se planteó en la reflexión sobre la relación entre las investigadoras y las mujeres investigadas, es importante considerar que el hecho de que investigadores e investigados pertenezcan a un mismo sexo no garantiza que compartan experiencias y problemas comunes. Las diferencias de clase, étnico-raciales o generacionales entre varones pueden ser a veces más fuertes que las semejanzas. Desde esta perspectiva también perdería sentido el supuesto privilegio de los varones en la comprensión de la masculinidad.

Según Roger Lancaster (1998), en las investigaciones del feminismo “cultural”, que parten de la idea de que las mujeres y los hombres somos radicalmente diferentes, se propone partir de lo más próximo —el propio ser, el propio cuerpo, las experiencias propias—, que es supuestamente lo que mejor se puede conocer, para después sí aventurarse a hacer generalizaciones acerca del mundo social. Sin embargo, como lo sugiere este autor, “el ser no disfruta de algún acceso privilegiado a sí mismo. Sólo desde un punto de vista ingenuo

52 Traigo a colación esta reflexión sobre la antropología, teniendo en cuenta que es el campo disciplinario dentro del cual ubico preferentemente, pero no exclusivamente, mi trabajo investigativo.

se puede pensar que un yo puede observarse directamente a sí mismo, puesto que un ser existe en la medida en la que se proyecta en el mundo”.

Otro problema interesante es el de las relaciones de poder en los trabajos antropológicos de campo y en los procesos de interpretación de los datos. La imagen estereotipada de la antropología corresponde a la de una disciplina que se ha ocupado del estudio de las culturas no occidentales (no hay que olvidar que la antropología surgió y se desarrolló con base en el dominio colonial]. Además, en términos generales, el intercambio entre el investigador perteneciente a los grupos dominantes y el sujeto investigado —miembro de los grupos dominados— se ha caracterizado por ser una relación de fuerza.

Desde este punto de vista se criticó el androcentrismo imperante en las explicaciones propuestas en la antropología social, considerando que durante mucho tiempo se asimiló la palabra “hombre” a la sociedad en su conjunto y que la visión masculina se consideró equivalente a la visión de toda la sociedad. ¿Qué pasa entonces con esa relación de poder cuando la investigadora es una mujer y los sujetos investigados son varones? ¿De qué manera puede este hecho significar la subversión o la transgresión de esta relación de fuerza?

Una posible respuesta, es que generalmente se ha considerado que las únicas personas que han sido objetos de estudio para las ciencias sociales han sido las pertenecientes a los grupos dominados, lo cual explicaría la escasez de estudios sobre los grupos dominantes, sobre las élites, etc. Este énfasis tiene que ver también con el hecho de que el “otro” ha sido siempre el dominado y no el dominante y de que la diferencia muchas veces ha terminado equiparándose con una cierta inferioridad. En ese, sentido los varones (sobre todo, los pertenecientes a los grupos sociales dominantes) no han ocupado el lugar del “otro”, puesto que hombres y humanidad han sido considerados como sinónimos. Desde este punto de vista, cuando una mujer estudia al hombre no como a un ser humano sino como a un ser con especificidades genéricas, lo está analizando como un ser marcado por la diferencia, como un “otro”. Hacer visible la pertenencia genérica de los hombres significa, de esta manera, subvertir un orden social en el cual sólo las mujeres hemos estado marcadas por la diferencia.

En algunos de los hombres entrevistados, en el marco de mi investigación sobre identidades masculinas en Quibdó y Armenia, se percibió cierta dificultad para hablar de temas considerados íntimos y femeninos, como las relaciones afectivas, la sexualidad, la relación con el cuerpo. Esto, por varias razones: no

sólo por lo que ya se ha convertido en un lugar común, la afirmación de que los varones son supuestamente menos hábiles que las mujeres para expresar sentimientos y emociones⁵³ sino también porque, al hablar de sus implicaciones emocionales en dichos teñas, se exponían al juicio personal de la entrevistadora y corrían el riesgo de ver afectada su imagen como varones frente a una mujer. En algunas ocasiones el diálogo con los varones entrevistados estuvo permeado por el deseo de presentar una buena imagen de sí mismos, razón por la cual adoptaron actitudes estereotipadas que hacen difícil evaluar la sinceridad de sus respuestas. Por el contrario, en otros casos, algunos entrevistados plantearon que les resultaba más Fácil hablar de sus experiencias personales con una mujer que con un hombre, porque no se censuraban. Sócrates Nolasco (1993) señala, con base en su trabajo investigativo en Brasil, que, para un hombre, hablar de sus miedos e inseguridades con otro hombre es como “entregar en bandeja su propia cabeza a un enemigo”. Muchos de ellos sienten temor de no ser reconocidos como hombres, de ser juzgados como homosexuales, en la medida en que un hombre no tiene por qué hablar de sí mismo con otros hombres, excepto con aquellos amigos y compañeros con los que se sienta comprometido personalmente.

En otras oportunidades, sentí que intimidaba a algunos de ellos por la forma directa de formular preguntas relacionadas con asuntos personales y que mi comportamiento resultaba disonante en este contexto. Para ser aceptada por mis entrevistados y no ser percibida como intrusa o amenazante tuve que hacer un aprendizaje gradual de los códigos empleados en los intercambios verbales entre mujeres y varones en cada una de las dos ciudades y por cada uno de los dos grupos etéreos.

53 Teniendo en cuenta que se ha vuelto un lugar común plantear que los hombres no expresan las emociones, me parece pertinente citar in Extensa a Daniel Cazés, investigador mexicano que hace unas reflexiones muy atinadas sobre las formas “masculinas” de expresar las emociones: “Los hombres expresamos nuestros sentimientos tanto como las mujeres, pero siguiendo pautas masculinas. Cuando algunos hombres se sienten vulnerables o atacados, lo expresan en las formas más violentas imaginables, que incluyen desde las diversas formas de abuso y maltrato de los que hacen víctimas a las mujeres, a los menores y a otros hombres más débiles que ellos, hasta las guerras. Y si alguno expresa cierta sensibilidad aunque sea ligeramente parecida a la de las mujeres, otros hombres darán a entender que se sienten agredidos por ello, rebajando al atrevido con epítetos infamantes que lo feminicen, y atacándolo con furia. Las expresiones masculinas de cariño y ternura también siguen patrones precisos, cuya claridad es evidente, por ejemplo, en la poesía y el canto. Algunas de estas pautas se relacionan con la protección, el sustento y el sexo, y también se manifiestan ¿d saludar, modular la voz, hacer regalos y caricias, etcétera. No me parece acertado afirmar que los hombres tenemos prohibido sentir y expresar emociones, ya que también aprendemos como hacerlo como hombres”.

3, LA INVESTIGADORA Y SU LUGAR EN LA INVESTIGACIÓN

El etnógrafo, como sujeto ubicado, comprende ciertos fenómenos humanos mejor que otros.

Renato Rosaldo

En los contextos en los que he desarrollado mi investigación no soy observada únicamente como una mujer. Por ejemplo, en Quibdó, la capital del departamento colombiano con mayor porcentaje de población afrodescendiente, soy percibida (y me percibo) a la vez como una figura “familiar” —soy una “hermana de raza”— pero también como una “extraña” en tanto académica y feminista y, como tal, cuestionadora potencial de los privilegios masculinos. Se puede subrayar, de paso, que, para algunos líderes de los movimientos negros entrevistados, el feminismo es una ideología foránea que busca resquebrajar una supuesta unidad y homogeneidad del pueblo negro. Para algunos de ellos (no para todos) fue difícil comprender la pertinencia de un análisis de género, ya que éste se considera como una división sin sentido en la sociedad chochoana y como la imposición de un enfoque y de un planteamiento “sin arraigo en la historia local”. Al respecto, uno de los entrevistados sugirió que las verdaderas líneas divisorias de esa sociedad eran la pertenencia a las distintas etnias y subregiones socio geográficas⁵⁴ y no las divisiones de género. Sin embargo, es importante señalar que estos mismos dirigentes, pese a no comprender siempre la pertinencia de mi trabajo, me abrieron las puertas de su ciudad y me ofrecieron los primeros contactos con los entrevistados. También es cierto que la presencia de colegas varones en el equipo de investigación fue de gran ayuda para mediar estas relaciones. En Armenia, la capital del departamento del Quindío, cuya población negra es muy reducida, me enfrenté a prejuicios muy similares en torno a la pertinencia de un enfoque de género y al feminismo. Como en Quibdó, mi lugar como mujer en la relación con los entrevistados siempre fue el fruto de una negociación no verbalizada entre mis propios significados de feminidad y los del entorno sociocultural en el cual realizaba mi trabajo de campo. La diferencia entre una experiencia y otra es que en Armenia, aunque seguramente era percibida a partir de una doble alteridad, de género y étnico-racial, nunca se hizo referencia explícita a ella, probablemente porque mi contacto con muchos de los entrevistados se hizo a partir de las redes socia-

54 El Chocó se divide geográfica, hidrográfica y culturalmente en tres provincias: la provincia del Atrato, la provincia del Río San Juan y del Río Baudó, y la provincia costanera, tanto del Pacífico como del Atlántico (Valencia Barco 1998).

les y familiares de uno de los miembros del equipo de investigación, cuya familia de origen está profundamente arraigada en muchas redes sociales de esta ciudad. Es muy probable que esta introducción social y mi propia posición como investigadora hayan neutralizado u ocultado la expresión de los distintos prejuicios que pueden estar presentes en las interacciones con los habitantes de esta ciudad.

Por otra parte, teniendo en cuenta que la experiencia vital de mis entrevistados de Quibdó y Armenia no se limita a su vivencia como varones, surgieron preguntas que no había contemplado inicialmente: ¿hasta qué punto la experiencia de la cultura regional (o étnico-racial), la clase y la edad transforman sus vivencias de género?, ¿cómo debo analizar sus relatos de vida en una perspectiva de género en primer lugar y sólo después diferenciarlos según criterios étnico-regionales, de pertenencia social y grupo etáreo?, ¿cómo evitar prejuzgar la importancia de una diferencia en detrimento de las otras si las diferencias de género, étnico-regionales y de clase se construyen y se experimentan conjuntamente? Al analizar la información proveniente de estos varones, el reto ha sido examinar las interacciones entre estas categorías, mostrando por ejemplo que la noción de masculinidad se construye no sólo en oposición a la femineidad sino también a otras masculinidades y que es necesario entender las relaciones que existen entre ellas. Igualmente ha sido evidente que no se puede equiparar mecánicamente la relación asimétrica que puede existir entre hombres y mujeres quibdoseños con las desigualdades y jerarquías presentes en las relaciones entre los sexos en el contexto sociocultural de Armenia.

Un elemento problemático en relación con la interpretación de los datos sobre los varones de Armenia y Quibdó tiene que ver con los juicios de valor que pueden sesgar el análisis de comportamientos diferentes a los prescritos por mis grupos de pertenencia (de clase, de “raza”, de género, de orientación sexual, de generación, etc.). Para traducir las experiencias masculinas sin hablar por los varones acudí a estrategias metodológicas como el enfoque biográfico que permite entender la construcción de la identidad masculina en los propios términos del sujeto analizado (y analizante). Es innegable, sin embargo, que en función de mis múltiples posiciones sociales he privilegiado ciertos fenómenos sobre otros. Por ello, en lugar de buscar hacer invisible mi lugar en esta investigación me ha parecido indispensable explicitar —cuando lo he considerado necesario— el lugar desde el cual observo, enuncio e interpreto los datos,

4. APORTES DE LOS ESTUDIOS FEMINISTAS AL ESTUDIO DE LO MASCULINO

Para finalizar este capítulo, quiero plantear algunas reflexiones sobre los aportes de los trabajos feministas al estudio de lo masculino y sobre la importancia del punto de vista de las mujeres en la comprensión de la masculinidad.

En primer lugar, es importante considerar que los aportes de la mirada “feminista” no deben confundirse con los aportes de la perspectiva femenina. No tiene ningún significado analítico hablar de un punto de vista femenino, puesto que no existe la categoría universal “mujer”⁵⁵. En segundo lugar, las perspectivas feministas no se definen por el sexo biológico de las personas que la practican, sino por el punto de vista en el cual se sitúan⁵⁶. Plantearlo significaría reproducir un pensamiento naturalizante que enuncia una dicotomía irreductible, esencialista, en la mirada que pueden tener los investigadores e investigadoras sobre los hombres, sus prácticas y representaciones (Devereux 1999).

Sin embargo, no puede desconocerse el lugar pionero que han ocupado las mujeres en la investigación sobre los hombres y lo masculino, desde una perspectiva antisexista. Incluso, en Estados Unidos, donde existe una extensa producción sobre el tema realizada por hombres, ésta no se efectuó sino después de la acumulación de una abundante elaboración académica feminista y de la consolidación de los *women`s studies* en numerosas universidades norteamericanas. La literatura de las ciencias sociales en algunos países de América Latina (Brasil, República Dominicana, Perú, Chile, Colombia, México, etc.) y otros países europeos como Francia, así lo demuestra también. En América Latina, es importante mencionar la investigación etnográfica de Ondina Fachel (1989) sobre los gauchos (trabajadores rurales de la ganadería extensiva); las iniciativas de Magaly Pineda (1991) para promover en República Dominicana el debate sobre los hombres y el poder; el estudio sobre identidades mas-

55 El significado en un contexto determinado de la categoría “mujer” u “hombre” no puede darse por sabido sino que debe ser investigado, ya que los hombres y las mujeres son fruto de relaciones sociales. Si cambiamos de relación social modificamos las categorías “hombre” /”mujer”. Por eso el concepto “mujer” no puede constituir una categoría analítica de investigación antropológica. Las diferencias biológicas entre los dos sexos no aportan ningún dato acerca de su significado social (Moore 1991).

56 Debemos advertir que el feminismo, como cualquier movimiento social a gran escala, no reviste una forma esencial ni unos objetivos homogéneos. No obstante, se ha identificado como fuente principal de sentido para los movimientos feministas el siguiente objetivo: “La tarea fundamental del movimiento, a través de las luchas y los discursos, es el de/re/construir la identidad de las mujeres despojando del género a las instituciones de la sociedad”(CasteUs, 1997).

culinas de varones de clase media en Perú de Norma Fuller (1997); el impulso a los estudios sobre masculinidad en Chile brindado por las investigadoras feministas chilenas Teresa Valdés y Sonia Montecino, desde 1995; los trabajos de Ana Luisa Liguori (1995), Ivonne Sasz (1998) sobre sexualidad masculina en México, y las investigaciones que sobre identidades masculinas en distintos contextos regionales y sobre decisiones reproductivas se iniciaron en Colombia en 1993 (cf. Henao 1994, Salcedo 1995, Viveros et al. 1995). En Francia, vale la pena mencionar el trabajo precursor de Nadine Lefaucheur y Georges Falconnet (1975), “La fabrication des males”, en el cual se busca identificar, a partir del análisis de treinta entrevistas y cuatrocientos anuncios publicitarios, “el contenido de la ideología masculina”. Igualmente buscan explicar cómo se construye la identidad social masculina a través de las experiencias masculinas en la pareja, en el ámbito deportivo, en el ejército, etc. Como lo señala Welzer Lang (1992), uno de sus principales méritos es haber dado la palabra a algunos hombres que se cuestionaban sobre el contenido de una forma de vida masculina. Durante la década del ochenta, algunas mujeres como Anne – Marie Dvereux (1984), Michele Ferrand (1984) y Christine Castelain-Meunier (1988) continuaron planteando interrogantes sobre “el silencio de los hombres”, la identidad masculina en el mundo contemporáneo y la relación de los hombres con la paternidad, expresión privilegiada de una identidad “en crisis”.

Una de las características comunes a estos trabajos realizados por mujeres en América Latina y en Francia¹ es haber buscado abordar el tema de los hombres y lo masculino con unos roles sociales obsoletos. Es decir, de manera más o menos explícita, estos trabajos han analizado a los hombres, sus prácticas y representaciones, en relación con su ubicación y posición en las relaciones de género; han abordado la masculinidad y alienación de los hombres en el interior de un análisis del género como un sistema, como una forma de ordenamiento de la práctica social (Connel 1997). Por otra parte, han mostrado que

1 Voy a referirme a los estudios sobre el tema realizados en Francia, por dos razones: la primera, de orden personal, es la oportunidad que tuve de conocer los debates académicos sobre las relaciones de sexo durante mi estadía como profesora invitada e investigadora – en el Instituto de Altos Estudios sobre América Latina (IHEAL) de la universidad de París III y en el Centre Recherche sur les Enjeux Cotemporains en Santé Publique (CRESP) de la Universidad de París 13 – durante el año lectivo 2000-2001. la segunda razón, de orden académico, es que una de las especificidades de los estudios feministas en Francia ha sido la reivindicación, desde los años setenta, de la necesidad de estudiar lo femenino y lo masculino en un marco relacional (les rapports sociaux de sexe), término utilizado en Francia para designar lo que se ha llamado, en los países angloparlantes, las relaciones de género.

la masculinidad no es un asunto exclusivamente masculino, sino, por el contrario, una cuestión relacional. En el caso Francés, la socióloga Anne - Marie Devereux, señalaba con gran pertinencia en 1988, que una de las condiciones para avanzar en el estudio de las relaciones de género era considerar que los hombres estaban en posición dominante al interior de las relaciones de sexo no sólo porque las mujeres estaban en posición inferior sino porque las relaciones de sexo los ubican en esta posición, porque ellos están socialmente producidos para ocupar esta posición y porque ellos luchan para mantenerse en ella.

La relación entre los estudios de lo masculino y el feminismo —en sus distintas vertientes no ha sido sencilla, como lo muestra el caso de los trabajos sobre hombres y masculinidad de lengua inglesa. Si bien, según Kenneth Clatterbaugh (1997), existen perspectivas para explicar lo masculino como la profeminista, que recoge los logros de la producción académica y del movimiento feminista y comparte su visión sobre el cambio social, también existen tendencias como la de los men's rights que se opone al feminismo planteando que este movimiento no ha generado para los varones las mismas opciones que ha logrado para las mujeres. Por otra parte, a nivel de la literatura de amplia difusión que se escribe sobre el tema se privilegia el examen de qué es lo que fragiliza el poder masculino y se ofrecen paliativos para aliviar el sentimiento de impotencia existencial que experimentan muchos hombres (cf. Cardelle 1992, Kreimer 1992). Aunque este objetivo contiene elementos constructivos, este interés en reforzar el poder masculino no deja de contener rasgos autoritarios preocupantes y en algunas ocasiones encubre una postura reaccionaria antifeminista (Parker 1997). Además, las soluciones que plantean este tipo de análisis y propuestas son individualistas, descontextualizan las masculinidades de la experiencia real en las relaciones mujer-varón (Kimmel 1992).

En el campo académico norteamericano, algunos autores han discutido en torno a la pertinencia de la inclusión del punto de vista femenino en los estudios sobre masculinidad. Jeff Hearn (2000) plantea que no es deseable dejar los estudios sobre masculinidad exclusivamente a los hombres, porque esto sería una forma de perpetuación de la dominación masculina en el campo académico, y que, por el contrario, la multiplicidad de puntos de vista no puede sino mejorar la calidad del conocimiento sobre fenómenos complejos como el de las identidades de género. Por su parte, Matthew Gutmann (1997) señala la pertinencia de incluir descripciones y análisis de las mujeres como parte del estudio sobre los hombres y la masculinidad. Siguiendo a este autor (1999), considero que la inclusión del punto de vista de las mujeres en los estudios

sobre masculinidad es necesaria teniendo en cuenta que la masculinidad se construye en relación con las identidades y prácticas femeninas. Muchos de los trabajos sobre masculinidad han hecho énfasis en el aislamiento de los mundos de los varones y las mujeres, ignorando la importancia de las interacciones cotidianas entre unos y otras y el efecto de estas interacciones sobre las identidades masculinas. Resulta más acorde con la realidad abordar la masculinidad desde una perspectiva que dé cuenta de las múltiples interacciones de los varones con distintos tipos de mujeres y diferentes tipos de hombres. En resumen, lo importante no es que los estudios de masculinidad sean realizados por varones o por mujeres sino su capacidad de analizar las prácticas y representaciones de los varones desde sus especificidades de género, como parte de unas relaciones sociales que los colocan mayoritariamente en una posición de dominación. De esta manera, la problemática de los hombres y la masculinidad contribuirán al fortalecimiento del campo de los estudios de género y al desarrollo de su capacidad explicativa de la complejidad que caracteriza las relaciones de género en el mundo actual.